

“Las misiones del P. José Segundo Laynez, S.J., en el Putumayo (1846-1848)”, *Mar Oceana* 3 (1999) 47-64, ISSN 1134-7627

LAS MISIONES DEL P. JOSÉ SEGUNDO LAYNEZ, SJ, EN EL PUTUMAYO
(1846-1848)

Francisco Javier Gómez Díez

El retorno de los jesuitas a Nueva Granada

En 1842, el Gobierno de Nueva Granada inició gestiones para el retorno de la Compañía de Jesús a Nueva Granada. Cotanilla y Rafael Pérez¹ consideran que los conservadores, ante la oposición liberal, argumentaron con la improrrogable necesidad de evangelizar a los indios e incorporarlos a la civilización. En este sentido, el Ministro del Interior Mariano Ospina —partidario de una reacción contra el benthamismo en materia educativa y de introducir el elemento religioso en la dirección de la política educativa²— habría pronunciado en el Congreso una encarecida llamada a remediar el estado de las tribus indígenas, en beneficio de éstas y de la República. Creía necesario el restablecimiento de las misiones y la llegada de religiosos extranjeros, que iniciaran la tarea y fundaran un *Colegio de Misiones* para la formación de misioneros nacionales. Al parecer, el discurso de Ospina fue muy bien acogido por la Cámara y por la prensa.

Poco después, cuando Joaquín Mosquera y Vicente Borrero presentaron a las Cámaras un proyecto de ley sobre misiones, los diputados no discutieron la necesidad de esta iniciativa, sino sobre los beneficios e inconvenientes de llamar a los jesuitas. Pese a la oposición liberal, el 28 de abril de 1942, se aprobó un decreto *sobre el establecimiento de uno o más colegios de misiones en la República*, que, “considerando

¹ El principal soporte de esta afirmación es el testimonio de Tomás Cipriano Mosquera. Según Mosquera, la idea de las misiones “no era más que un pretexto para llamar a los jesuitas con menos escándalo de los demagogos”. Rafael PÉREZ, S.J., *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su restauración*, t. I, p. 26, 27 y 30. P. José Joaquín COTANILLA, S. J., *Historia de la Misión Colombiana de la Compañía de Jesús* (1866), en el ARCHIVO DE LA PROVINCIA DE TOLEDO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, (en adelante APTCJ). C-92: t. I, p. 197.

² Fernán E. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia*, Bogotá, 1997, p. 146.

que las útiles y piadosas empresas de misiones no solamente no han prosperado, sino que van en decadencia por falta de misioneros”, establecía: 1) la creación —en los lugares elegidos por el Gobierno— de los colegios de misiones y casas de escala necesarias para atender a las misiones de Casanare, San Martín, Andaquí, Mocoa, Goajira y Veraguas; aplicando para su mantenimiento el “sobrante de las cantidades que anualmente apropiare el Congreso para el servicio de misiones” y “los bienes, derechos y acciones de los conventos que habiendo sido colegios de misiones, no tengan ya religiosos que los sirvan y no hayan sido destinados a otro objeto”; 2) la entrega de estos centros al instituto misionero que el Gobierno juzgase más conveniente y 3) que “cuando empiecen a servirse las misiones por los misioneros de los nuevos colegios”, el Gobierno iría eximiendo de este servicio a los regulares.

El 3 de mayo el Gobierno designó a los jesuitas para esta misión, alegando: 1) la discusión y aprobación de este decreto por las Cámaras consideró expresamente el llamamiento a la Compañía; 2) “la experiencia ha demostrado que aquel instituto es el más adecuado para convertir los salvajes a la religión cristiana y para conducirlos a la civilización, teniendo de ello pruebas incontestables en lo que sucedió en la América del Sur donde la expulsión de los Jesuitas fue seguida de la progresiva decadencia de las misiones, decadencia que ha ido en aumento cada día, sin que el celo de otros misioneros haya bastado a contenerla”; 3) la formación religiosa y científica de los jesuitas es superior a la de cualquier otro instituto religioso; 4) pese a las expulsiones sufridas por la Compañía, “la experiencia y el ejemplo de las naciones más adelantadas en civilización en Europa y en América, como la Francia, la Inglaterra, los Estados Unidos, Buenos Aires y otras”, son una razón bastante para disipar los temores; 5) la mayor facilidad para lograr misioneros de este instituto que de cualquier otro y 6) el crédito y la simpatía de que gozan los jesuitas en Nueva Granada³.

Pese a la satisfacción de amplios sectores neogranadinos y al apoyo prestado por el Arzobispo —que buscaba en los jesuitas un refuerzo a su autoridad frente a la hostilidad de una parte de su clero⁴—, las negociaciones con Curia General jesuita se prolongaron durante más de dos años. Las garantías exigidas por el P. General explican el retraso. Con la intención de exponer “una sola idea, sobre la que podrá, ser oportuno quitar desde luego toda ambigüedad” y recordando que los decretos neogranadinos establecían la necesidad de misioneros con una formación adecuada, escribe el P. General:

“La formación de Misioneros de la Compañía comprende una larga serie de ejercicios preparatorios religiosos y literarios, que demandan algunos años y están marcados en nuestro Instituto, cuyo objeto principal es también el de las

³ R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ... t, I*, p. 29.

⁴ F. E. GONZÁLEZ, *Poderes...*, p. 147-50.

Misiones; mas a ella dispone a sus individuos con la práctica previa de otra multitud de ministerios, sin cuyo ejercicio un misionero carecería de la ciencia y la experiencia, de la madurez, virtud y laboriosidad que les son indispensables. Siendo, pues, nuestro Instituto, y su puntual observancia la pauta única sobre que pueden formarse Misioneros de la Compañía, es sin duda la intención de ambos poderes Supremos de aquella República, admitir allí y reconocer a la Compañía de Jesús como uno de los Órdenes Religiosos legalmente establecidos en su territorio, autorizado por lo tanto para vivir en todo conforme a dicho Instituto, abrir Noviciado y algunos Colegios no sólo de Misiones, según permite el decreto del 28 de abril, sino para poder proveer a estos, también otros de enseñanza pública o privada, según que, de acuerdo con ambas Autoridades Eclesiástica y Civil, se crea útil; y, en fin, dedicarse a todos los ministerios propios del mismo Instituto, como son el predicar, confesar y demás, guardando en todos la sumisión y acatamiento que, con arreglo a los sagrados cánones de la Iglesia, es debida a los Ilmos. Diocesanos, y prestando a las autoridades del Estado el obsequio y obediencia que toda razón y el Evangelio prescriben; a unos y a otros cuidando de ayudar y ser útiles en cuanto sea conforme a nuestra profesión y estado, o este dentro de los límites de nuestro ministerio, todo dirigido a promover el bien de la religión, la salvación de las almas y las buenas y cristianas costumbres, y ajeno totalmente de negocios o partidos políticos. Bajo esta inteligencia parece estar extendido el segundo decreto, en que se nos designa como aptos para cumplir con el objeto del primero; mas no diciéndolo expresamente, yo desearía merecer de V. E. que como bien instruido de las intenciones y modo de pensar de sus comitentes, tuviese la dignación de decirme si es en efecto tal la intención e inteligencia de aquellos supremos poderes”.

El representante de la Nueva Granada contestó que carecía de instrucciones al respecto, pero que “le parecía poder asegurar, que la Compañía de Jesús tendría toda aquella libertad en la Nueva Granada que se deseaba”⁵.

Resuelto, por lo menos en principio, el inconveniente, se iniciaron los preparativos para enviar un grupo de misioneros a Nueva Granada. El 26 de febrero de 1844 llegaron a Santa Marta los PP. Pablo Torroella, superior de la misión, José Vélez, José Segundo Laynez, Pablo de Blas, Francisco San Roman, Joaquín Freyre, Antonio Vicente, Pedro García, Manuel Fernández, Luis Amoros, Mariano Cortes y Felicitas Trapiello y los HH. CC. Miguel Parés, Joaquín Hugalde, Francisco García, Luis Serarols, Rafael Fortún y Anacleto Ramírez. En un primer momento, concentraron su actividad —aparte de las misiones populares— en Bogotá y Medellín, pero,

⁵ R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ... t. I*, p. 33.

coincidiendo con la llegada de la segunda expedición⁶, el Presidente Mosquera ordenó que “a la mayor brevedad” se pusieran en camino con destino al territorio del Caquetá dos o tres misioneros de la Compañía. No podía postergarse más este proyecto, que se hallaba en la base del retorno de los jesuitas a Nueva Granada.

El 22 de junio de 1846 salieron con dirección a Mocoa los dos Padres que protagonizarían esta primera experiencia misionera: José Segundo Laynez, hasta entonces brazo derecho del P. Freyre en la organización del Colegio de Medellín y máximo responsable de la actividad misionera, y Tomás Piquer, al que se encomendó la atención de los pueblos ya evangelizados del territorio de la misión.

Gobierno y Compañía: dos ideas sobre las misiones

Tanto los dos decretos que están en la base del retorno de los jesuitas a Nueva Granada como las disposiciones posteriores del Gobierno, muestran la intención de convertir a los misioneros en servidores o funcionarios públicos. El Gobierno era el responsable de determinar los lugares para establecer los colegios de misiones y las casas de escala, de elegir al instituto misionero adecuado y de determinar la progresiva sustitución de éste por misioneros seculares colombianos. Del mismo modo, en los decretos que regularon la actividad misionera (6/VIII, 17/IX, 13/XI y 9/XII/1846) el Gobierno declaró casa de escala al colegio de Popayán, nombró párroco de Mocoa al P. Laynez, estableció las asignaciones, libró a los indígenas reducidos de toda contribución civil y eclesiástica, sujetó a los misioneros a la vigilancia del gobierno civil y ordenó al P. Laynez el envío de informes detallado sobre la situación. Posteriormente, el Gobierno solicitaría de este mismo padre una especie de arbitraje en la cuestión de límites entre la Nueva Granada y el Ecuador⁷.

Es aun más significativa la exigencia de que los misioneros obtuvieran la carta de naturaleza; según el Gobierno, necesaria para que pudieran percibir su sueldo. Mosquera había tratado en conversaciones privadas este tema con el P. Visitador, Manuel Gil, y con el Arzobispo, que habían indicado la imposibilidad de aceptar semejante pretensión. Pero, ante las exigencias y amenazas de Mosquera, el P. Gil cedió, en espera de la decisión del General. Irónicamente, resumiría Laynez: “a fin de evitar una dispersión, [...] ya nos tiene V. R. hechos unos malos granadinos, después de haber sido buenos y legítimos españoles”⁸.

⁶ El 13 de enero de 1846. P. Francisco Sauri, P. Luis Segura, P. José Joaquín Cotanilla, P. Manuel Buján, P. Ignacio Asensi, P. Tomas Piquer, H. Fausto Legarra, H. Buenaventura Feliu, H. Santiago Cenarruzabeitia, C. Gabriel Trobat, C. Juan Cenarruzabeitia.

⁷ R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ...* t. I, p. 214-15.

⁸ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez, Mocoa (21/9/1847). APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de

En contra de esta política misionera del Gobierno, la primera relación del P. Laynez, escrita, desde Mocoa el 1 de enero de 1847, al P. Freyre, presenta la idea que de las misiones tenía la Compañía⁹. Esta relación, como demuestra lo que dice sobre las condiciones ideales de un misionero, está, más o menos directamente, dirigida al Gobierno. Las ideas de Laynez sobre las misiones pueden reducirse a cuatro: la conveniencia de que el poder político deje actuar con libertad a los misioneros; los grandes trabajos que la misión reporta; el establecimiento de un método de conversión y el hecho de que no todo sacerdote esta bien dispuesto para esta tarea.

Las referencias a la misión encargada por los Gobernadores de Quito a los jesuitas en 1550, la desarrollada con la tribu cofana (1603) y la existente entre los Neonamaes, Zitaraes y Chocoes, en 1654, son muy ilustrativas. No pudiendo los gobernadores de Quito, cuenta Laynez, sojuzgar a los cofanes, “hicieron lo que siempre y en casos desesperados solían hacer: pedir Misioneros que fuesen a atraerlos suavemente y poco a poco a la Religión, para que después se sometiesen a las competentes autoridades. Una larga experiencia les había enseñado que un Misionero solo, con el Crucifijo al cuello, sin más armas que las de su celo y paciencia hacía entres los infieles más conquistas, conseguía más triunfos, reunía más tribus salvajes que todos los batallones del Rey juntos”.

Los jesuitas sólo pudieron destinar un misionero (¿cuánto hay aquí de indirecta queja contra el gobierno o contra los superiores jesuitas que no envían de Europa más misioneros?¹⁰). Pese a todo, en muy poco tiempo, su éxito fue muy considerable: “Las cosas no podían ir mejor” y “todo anunciaba mil futuras felicidades para el estado y para la iglesia”. Pero, deseando la Real Audiencia conservar en paz estas provincias y, sobre todo, proteger el comercio, mandó tropas al territorio de los cofanes. El misionero advirtió que “todavía no era llegado ese momento, que los indígenas recién convertido huirían a los montes”. Cuando la corona resolvió el conflicto, dando la razón al jesuita, era ya demasiado tarde. Cabía concluir: “Cara costó al Padre la imprudencia del oficial, como también al estado”.

Con respecto a las misiones entre los Neonamaes, Zitaraes y Chocoes, (1654-1687), responsabiliza de su perdida a la imprudente decisión del gobierno de hacer “de aquellas poblaciones parroquias seculares, bajo el dorado pretexto de que ya

América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859. Cfr. R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ...* t. I, p. 199-203.

⁹ Además de la correspondencia cruzada entre los jesuitas, sobre estas misiones contamos con tres relaciones escritas por el P. Laynez (el 1 de enero y el 19 de febrero de 1847), recogidas por COTANILLA, *Historia ...* t. II.

¹⁰ En numerosas ocasiones se queja Laynez de la falta de personal, tanto para los colegios, especialmente el de Medellín, como para las misiones. Carta al P. J. Freyre (25/12/1847) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

estaban muy civilizadas, y obligando los indígenas por la misma razón a pagar al Rey el cinco de los oros”. La conclusión, que amenaza con arredrar y abatir los bríos del misionero, es muy clara: “una buena lección a aquellos que sin conocer ni país, ni costumbres, ni el carácter de los indígenas, creen se han de gobernar y manejar del mismo modo que a los pueblos civilizados y de carácter muy distinto”.

En la tercera relación aparece otro peligro, no directamente relacionado con el Gobierno, pero para cuya resolución pedirá su ayuda: la penetración de grupos de mercaderes que, “arrastrados de su ambición y codicia”, amenazan la vida de los indígenas y la posibilidad de civilizarlos.

Al mismo tiempo, Laynez insiste en los inmensos trabajos que para el misionero representa su ministerio: “mis recursos son casi nulos, los precisos para mi manutención; pero no importa: sacrificaré mi salud, mis fuerzas y mi vida por la gloria de Dios, por la salvación de estos infieles y por la felicidad de la Nueva Granada, a quien tanto debo y a la que tan de veras amo”. “No se —continúa— como hay quien quiera venir a estos países, sino es por un fin tan noble y tan sano como el de ganar almas”.

Explícitamente no presenta metodología misional alguna, pero los elogios que dedica a lo practicado por los jesuitas antiguos en este mismo territorio permiten destacar algunos rasgos:

- “nunca hablar de religión a los bárbaros, hasta haberse antes asegurado de su modo de pensar sobre este particular y ganándoles las voluntades”;
- “hacer todo lo posible, a fin de que los principales cabecillas, o Curacas entre ellos, fuesen respetados”;
- “catequizar primero a estos curacas para que después ellos fuesen los interpretes del padre y el mejor apoyo de la religión con su buen ejemplo”; en este sentido, en su tercera relación, manifiesta la gran satisfacción de haber bautizado a las familias de dos importantes caciques;
- aparecer ante los indígenas como un hombre diferente “de los que hasta entonces habían visto”, al que se pudiera acudir en las enfermedades y penas, y
- la conveniencia de ganárselos con regalos: “Antes de dejarlos, quise manifestarles el aprecio y estima en que los tenía, regalándoles a cada uno (hombres, mujeres y niños) un cuchillo, un espejo, un anzuelo, unas tijeras, dos agujas grandes y cuatro chaquiras”¹¹. Este comportamiento debe ponerse en relación con la preocupación de los misioneros por las necesidades materiales de los indígenas, presente en toda su correspondencia.

Por último, Laynez reflexiona sobre las condiciones que son necesarias al misionero. Teniendo en cuenta otros documentos, queda claro que no trata de exponer

¹¹ *Tercera relación.*

una reflexión sincera y completa sobre el misionero¹², sino argumentar en contra de las presiones gubernamentales por enviar al mayor número posible de sujetos a las misiones entre indios. Esta relación también lo demuestra. Escribe Laynez: “Una reflexión haré antes de acabar esta carta, y ¡ojalá la pudiera hacer a algunos de mis queridos granadinos, así como se la hago a V.R.!” y, más adelante, “Explicaré mi pensamiento un poco más, no por V.R., que ya me entiende perfectamente, sino por aquellos a cuyas manos pudiera llegar mi carta”.

¿Cual es la reflexión?: “que esta empresa de venir a misiones, bien sea al Caquetá, o bien la de ir a otros países de la República, no es de todos los miembros de la Compañía, ni propio de cada uno de los jesuitas”. El creer que cualquier sacerdote es apto para la vida apostólica, sobre todo entre hordas salvajes, es un error enorme. El razonamiento se basa en afirmar la necesidad de que el misionero sea fuerte de cuerpo y espíritu. “Un misionero debe ser un santo y un sabio y un hombre robusto, en cuanto posible fuera. La salud y las fuerzas corporales que se necesitan para vivir en climas generalmente mal sanos, para emprender viajes por ríos y húmedos montes y sin tener casi lo necesario para vivir, no son iguales en todos; ni porque se haga jesuita un joven ya adquiere por eso repentina y milagrosamente la dureza del bronce o del diamante. Los gastos, por consiguiente, que se expenderían en viajes para conducir un jesuita de salud delicada a las misiones, quedarían sin conseguir el objeto por el que se harían; los indígenas no podrían recibir las instrucciones necesarias, de un misionero ausente y enfermo; y un sujeto útil en las ciudades con su predicación y conocimientos, quedaría aquí o en otra parte sepultado sin ningún provecho”.

¹² Frente a la imagen del misionero perfecto que nos trasmite en la *Primera relación*, en la *tercera* aparece la del instrumento de Dios: “Mil alabanzas y bendiciones sin cuento sean tributadas al Padre de las misericordias y al Dios de toda consolación, al que es fuente cristalina de donde nace y corre hasta nosotros todo bien, porque se dignó derramar a manos llenas sus gracias y sus favores sobre mí, que soy el ínfimo y el más ruin de los operarios evangélicos: ego minimus Apostolorum, Sanctorum minimos. Gracias también a todos aquellos católicos y almas fervorosas, que levantando sus manos todos los días hacia el cielo para implorar los auxilios divinos en favor de los misioneros y por la conversión de los infieles, les alcanzaron, a ellos grandísima merced, y a mí, salud, fuerzas, seguridad en los peligros y algún acierto en mis empresas. De otra suerte; ¿cómo era posible, mi Rdo. Padre, ni imaginable, que mi expedición hubiese tenido tan felices resultados y que todo hubiera salido a medida de mis deseos?”. También en contraste con la *primera relación* se expresa en su carta al P. Freyre (21/9/1847; APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.): “V. R. estará aquí muy bien, clima cálido, soledad, y gente sencilla. Los idiomas no cuestan tanto como pueden costar el francés, el inglés, etc. Vengase pronto, trabajo hay mucho, pero donde no. Me parece que el mayor sacrificio es el viaje. Lo demás es menos pesado que la vida en los colegios, pero es verdad que esto depende de los temperamentos”.

Pero no bastan las fuerzas físicas. El misionero debe tener un alma bien templada, el valor “para penetrar solo, sin más arma que una cruz, en la espesura de los bosques, exponiéndose a la rabia de los tigres, al veneno de las serpientes y al furor de los salvajes, de quienes solo espera la muerte” y la virtud para resignarse a expirar en medio de tormentos agudos, sin quejarse, sin cólera, sin odio, sin venganza y con el perdón en los labios. De este modo, “siendo iguales e idénticos los sacrificios y los peligros”, “no lo es menos que un religioso que acaba de entrar en la escuela de la perfección, o que todavía no ha sido ejercitado en aquellos empleos que son otros tantos actos preparatorios a la vida apostólica, no se halla todavía en disposición ni en aptitud para ser lanzado en un mar sumamente peligroso y cubierto de escollos”. Esta tesis es defendida también por el P. General en la carta antes citada.

La consecuencia no puede ser más clara: “Un poquito más de paciencia, les diría; un poquito más de espera, mis amados granadinos; y sin recurrir a Europa, tendréis misioneros de esta misma República y en bastante número para trabajar en diferentes puntos”. Mientras tanto, y en relación con esto, que mejor servicio puede hacerse a los granadinos que la formación de sus hijos. “¡Ojalá se desengañen algún día de que los jesuitas no hemos venido a la Nueva Granada sino para sacrificarnos por ella!”. “¡ojalá entiendan y se persuadan que no buscamos sus bolsas, sino sus almas!”.

Las misiones de José Segundo Laynez

El 22 de junio de 1846 salieron de Medellín, con dirección al Putumayo y con la promesa de apoyo económico por parte del gobierno, el P. José Segundo Laynez¹³ y el P. Tomás Piquer, los acompañaban hasta Popayán los hermanos Lucio y Raimundo Posadas, que debían ingresar en el noviciado de esta ciudad, que prosperaba lentamente y contaba ya con diecinueve novicios. La primera fase del viaje les llevaría a Cartago, el 7 de julio, donde dieron una misión; a Buga, el 23 del mismo mes, donde dieron unos ejercicios espirituales y “quince días de misión cerrada”, y, finalmente, el 22 de agosto, a Popayán. Dieron otra misión y se separaron de los hermanos Posadas, partiendo hacia Pasto.

Los comentarios que la primera relación recoge sobre estas cuatro ciudades permiten establecer algunas de las inquietudes, tareas e ilusiones de Laynez y, por

¹³ José Segundo Laynez nació en Sástago (Zaragoza) el 24 de marzo de 1812. A los 16 años fue recibido en el Noviciado de Madrid, el 12 de noviembre de 1828. Se encontraba en el Seminario de Nobles cuando tuvieron lugar las matanzas madrileñas del año 34. Un año después, fue desterrado, iniciando, como otros jesuitas, un peregrinaje por Europa para completar su formación. Estudio teología en varias ciudades de Francia y Bélgica. Después de su ordenación, fue destinado al Colegio de Tournay en Bélgica. Realizó su tercera probación en Aire (Francia), donde se encontraba cuando fue destinado a Nueva Granada. Murió el 27 de junio de 1848, a la edad de 36 años, entre los indios del Caquetá.

supuesto, en cierto grado de los otros jesuitas. En primer lugar, y en todos los casos, se observa un claro interés por transmitir información sobre su fundación, posición geográfica y desarrollo económico. A este respecto merece destacarse su optimismo en torno al futuro de Cartago, que “actualmente no tiene toda aquella población que su posición al parecer exige”, pero tiene un futuro comercial prometedor por su situación en la entrada del valle del Cauca y sus contactos con Antioquia, Bogotá y el Choco, sólo dificultado por las malas comunicaciones. El mismo optimismo refleja en torno a Pasto, “florecente en otro tiempo por su comercio, y por las pudientes y nobles familias que en ella residían”, pero hoy en crisis por las guerras continuas que ha sufrido en los últimos veinte años y los terremotos. Aun así, “es una ciudad populosa y de las más considerables de la República, y diera a esta mucho realce y gloria, si se la protegiera más, fomentando en ella el Comercio con el Ecuador y dando a su numerosa juventud una educación cual conviene a las circunstancias presentes. Por este medio, me parece, se suavizarían considerablemente las costumbres del pueblo, se corregirían varios abusos, se calmarían sus ánimos, naturalmente belicosos y dejarían de ser temibles en la República”.

Lo más significativo de este optimismo es el hecho de que jesuitas no muy posteriores, a la hora de describir las ciudades americanas, tanto en su correspondencia privada como en las crónicas e historias que escriben, se muestran claramente pesimistas, cuando no críticos, al comparar la prosperidad colonial con la situación presente. El caso más claro es el de Cotanilla, que, en la misma línea, llega a acotar críticamente las relaciones de Laynez. Sin duda el fracaso de esta experiencia, y las expulsiones que se suceden a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, explican este cambio¹⁴.

En Laynez hay también un gran interés por transmitir datos, lo más exactos posibles sobre la geografía y el clima. Interés que, a la par que le sirve para reflexionar sobre la obra del Creador, debe ponerse en relación con su obligación de informar al Gobierno. Aun así, sus mayores preocupaciones son otras: Manifiesta la necesidad o el anhelo de enlazar con la vieja Compañía. Recuerda a los jesuitas que nacieron en estas ciudades —PP. Juan de Oviedo, José Nieto Polo, Luis Coronado y, sobre todo, Lorenzo Lucero— y sus actividades —en especial los colegios y las misiones de indios. Al tiempo, hay una referencia permanente a la profunda religiosidad de los colombianos y a los deseos que repetidamente manifiestan de restablecer la Compañía en sus pueblos. Así, los habitantes de Cartago “son pacíficos y muy sumisos”, los de Popayán,

¹⁴ Son muy significativas las acotaciones de Cotanilla a las relaciones de Laynez. Por ejemplo, en la *primera*, ante los elogios al carácter y religiosidad de los granadinos, escribe Cotanilla “(las revoluciones lo han echado mucho a perder)”, y, en la *segunda*, ante la petición de Laynez: “¡Ojalá Dios ofrezca a la república una paz octaviana!”, “(las repúblicas no pueden gozar de semejante paz)”.

eminentemente católicos, “parecen ser nacidos para las ciencias”, de trato caballeroso y noble y “con una educación esmerada, transmiten a sus hijos el amor a la Religión”, y los de Pasto “robustos, bien hechos, valientes y amantes de la religión”, por la que sacrifican todo gustosos.

A finales de octubre llegaron a Pasto, donde, en parte para descansar y aprovisionarse, permanecieron más de quince días y dieron una misión. Según Laynez, esta misión fue de las que produjo un mayor fruto espiritual. Todo fue grande en ella: “grande el concurso, grande el recogimiento, grande el fervor del espíritu, grande la atención en escuchar la palabra de Dios, y grande la contrición del corazón”¹⁵. Después, tras adquirir diversos conocimientos “relativos a las misiones de Caquetá, sin los cuales me hubiera visto expuesto a grandes dificultades”, partieron hacia Mocoa.

Laynez, calculando que el territorio de Mocoa contaba más de 80.000 indios —“los unos cristianos y los otros idólatras”, pero todos “bien dispuestos”—, tenía claras sus intenciones: “Pienso fundar luego un pueblo entre dos caudalosos ríos, el Putumayo y el Caquetá, distantes el uno del otro ocho leguas; de este modo tendré comunicación con los Portugueses del Brasil, y podré recibir fácilmente buenos víveres. Llevo en mi compañía dos herreros, dos carpinteros, albañil, sastre y toda suerte de herramientas; en una palabra, cuanto es necesario para levantar casas, etc. No me olvidaré de darle cuenta de todo, cuando pueda; digo cuando pueda; porque mis excursiones durarán ahora hasta febrero o marzo, sin comunicación más que con indios salvajes; el P. Piquer quedará en Mocoa”¹⁶. Con estos proyectos inicia la segunda fase del viaje: de Pasto a Mocoa, también recogida en su primera relación.

Si el camino hasta Pasto había sido trabajoso, a partir de aquí las dificultades de multiplican hasta límites difíciles de imaginar. “Debo confesar a V. R. —escribe Laynez— la imposibilidad en que me encuentro de dar una idea clara de lo fragoso del camino y de los trabajos que pasamos mis compañeros y yo. Por mucho que diga, siempre quedará muy lejos de lo que la cosa es en realidad”. El camino era especialmente duro entre La Laguna y Mocoa, debido a la imposibilidad de montar en bestia.

“aquí no queda otro recurso sino montar sobre el indio, del mismo modo que los muchachos cuando juegan entre sí a lo que ellos llaman los caballitos. Este postura, preferible hasta cierto punto a la de ir en silla, es bajo mil otros aspectos mucho más mortificativa y molesta que no la anterior. En primer lugar sufre el pecho y se fatiga sobre manera yendo siempre muy encorvado hacia delante; en esta postura y llevando el pecho pegado a la espalda del indio, es preciso recibir en sí todo el fétido sudor que este despidе necesariamente y en abundancia de

¹⁵ *Primera relación.*

¹⁶ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (12/11/1846). AHTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

resultas del trabajo. Añada V. R. a lo dicho, el tener que llevar los pies amarrados hacia arriba, para que no cuelguen y molesten al indio, y esto con el peligro casi cierto de lastimarse bastante las piernas con las ataduras. Si a lo menos se pudiera andar a pie, la cosa no estuviera tan mal parada y todo fueran tortas y pan pintado. Pero ni eso, pues son tantos los riachuelos y quebradas, y a veces llevan un golpe de agua tan fuerte, que se ve uno en la necesidad de atenerse a su carguero, por molesto que esto sea. Dos dificultades más remachan el clavo y añaden nuevo peso a la Cruz; la 1.^a consiste en que apenas se puede caminar por razón de la espesura del monte; es absolutamente indispensable llevar siempre el machete en la mano y abrir brecha trochando ramas y árboles a derecha e izquierda. La 2.^a es tener que trepar, (montados del modo dicho), por montañas tan elevadas y riscos tan escarpados, que a la simple vista y al principio parecen ser imposible poder llegar a su cumbre. Cada paso el para el indio un gemido, y un suspiro para el viajero. El descenso desde lo alto de los montes a lo profundo de los valles no tiene ni encierra en si menores dificultades ni menores trabajos. El indio va descolgándose poquito a poco, sin tener a veces donde asentar las extremidades de los pies; si afortunadamente puede asirse de la raíz de algún árbol o de un bejuco de los que atraviesan y cruzan por las peñas ya es dichoso; se nota en él en aquel momento una agilidad particular; corre, por decirlo así, con la ligereza de un gamo por los mismo precipicios y por los desfiladeros; no hay que tener miedo: él saldrá bien de semejante apuro. Empero, si por desgracia (lo que no es cosa tan rara) se rompe el bejuco o se desgaja aquella rama en que el indio no menos que el viajero tenían puesta toda su confianza y miraban como el áncora de su esperanza, entonces la vida corre gran riesgo y lo menos que sacan el uno y el otro de su caída es la cabeza rota, muchas contusiones y algún hueso dislocado. El P. Piquer hubiera perecido irremisiblemente en una de esas caídas si dichosamente no se hubiera asido de una rama que la providencia en su descenso le deparó”.

Dado el peligro, Laynez decidió continuar caminando, metiéndose “por barreales, por quebradas y matorrales, como si fuera un indio Coraguaje”. Como consecuencia, durante más de veinte días tuvo los pies llagados. El viaje se prolongó durante cuatro días, “durmiendo en el monte bajo de los árboles”, con una hoguera encendida y las escopetas cargadas para defenderse del tigre. La incomunicación del territorio de misiones era aún mayor, pues sólo podía viajar a él en verano. Las lluvias invernales arrancan los puentes, impiden continuar la marcha y, por la crecida de los ríos, ponen a los viajeros en peligro de morir incomunicados —“expuesto a pasar 8 ó 20 días y quizás más entre dos ríos sin poder ir adelante ni volver atrás”— o ahogados.

El camino era difícil y peligroso. Pero la temeridad de Laynez incrementó el peligro. “Después de tres días de marcha —escribe—, llegué a divisar el valle de Patia; y así como es cierto que no hay quien no desee atravesar el valle del Cauca, así también lo es que no hay quien no tema pasar el de Patia. Y con mucha razón, pues raro es el viajero que no contrae en el tránsito unas fuertes calenturas, y algunas veces de tan mala calidad que quitan la vida en pocos días y aun en pocas horas. [...] Por lo que a mi toca, puedo asegurar a V. R. que no le tenía miedo; y atribuyendo a imprudencias de los viajeros, más bien que a lo insalubre del valle, los tristes efectos de que ha hablado, no quise tomar ninguno de aquellos preservativos de que todos suelen echar mano al pasar por él. Encomendeme fervorosamente a la Santísima Virgen y Santos de mi devoción y me puse en marcha. [...] Eran como las dos de la tarde, y el cansancio, junto con el calor, me obligaron a apearne de mi mulita; las provisiones venían bastante atrás y no podía por esa razón tomar alimento; tampoco tenía qué beber, y la sed era ardientes de resultas del mucho sudar [...] Todas esas causas diferentes me ocasionaron un desmayo que me duró como una hora”. Un acontecimiento semejante refleja su tercera relación: “Llegué al puerto al ponerse el sol, bien cansado y sin fuerzas; pues tras de haber caminado a pie todo el día por montes bastante espesos, no había tomado alimento alguno por haberse atrasado los Cocagüeros: (así llaman aquí a los que llevan las provisiones)”. A las nefastas consecuencias de este celo, irrefrenable dada la soledad del misionero, se refieren Pérez y Cotanilla¹⁷.

Esta segunda fase del viaje pone en contacto a Laynez con unos paisajes y una sociedad claramente distinta. Se repiten algunos comentarios ya realizados antes, sobre las actividades de los jesuitas antes de su expulsión o las ventajas, religiosas y políticas, de las misiones, pero, surgen otros nuevos, y coincidentes con los que caracterizaran a los habitantes del Putumayo. Lo primero que destaca son, lógicamente, los indios, de los que elogia su generosa disposición hacia los jesuitas y su predisposición para el Evangelio. Unos cincuenta se llegaron a Pasto para ayudar a los padres en su viaje hasta Santiago, donde el recibimiento fue entusiasta: a media hora de esta localidad le esperaban con música, dirigidos por sus Gobernadores y Alcaldes y, por un camino cubierto de hojas de clavel, llegaron al pueblo, en cuya plaza habían colgado “arcos triunfales de hojas de palma, de flores y de ramas de árboles de varias especias”. Al sonido de las campanas y rodeados de todos los habitantes, entraron en la iglesia para dar gracias a Dios. Tras lo cual, “vinieron al alojamiento los taitas, o cabezas de familia”, trayendo presentes (huevos, frijoles, plátanos, etc.).

El espíritu de observación que ha demostrado Laynez en la primera parte de su viaje se agudiza ahora y, junto a las notas geográficas, añade múltiples apuntes sobre las

¹⁷ COTANILLA, *Historia...*, t. II, p. 126. R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ...* t. I, p. 212.

costumbres y virtudes indias: el vestido (“una camisa de lienzo teñido de negro, sin cuello y sin mangas, larga hasta medio muslo; la llaman Cusma”); las casas, todas “perfectamente iguales”; la lengua (el Inca en Santiago y el Cochí en Sibundoy); las formas de castigar los delitos; la estructura jerárquica; los remedios medicinales; los cultos funerarios; la música. Pero, por encima de todo, destaca sus virtudes: “La vida de los indios de los pueblecitos mencionados es edificante; carecen de aquellos vicios de que suelen adolecer los indios y aun las gentes civilizadas; la prueba es que toman aguardiente, ni se embriagan con chicha; viven en armonía con sus mujeres, no son ladrones, tampoco conocen la poligamia, cosa que en otras tribus es muy común”. Posteriormente, ya en el Putumayo (*tercer relación*), destacará la sencillez, sensibilidad, la pureza de costumbres (docilidad, respeto por los sacerdotes, desinterés, “resignación y paciencia casi inimitables, pues de nada se quejan, ni de la pobreza, ni del contratiempo, ni del calor, ni del trabajo, ni de las mismas enfermedades”), y la obedientes a sus jefes. Al mismo tiempo insiste en que nada de esto es “efecto de su estupidez, pues todos están dotados de mucho despejo y penetración, como lo prueba su fisonomía, su modo de tratar, y las obras de sus manos”. Junto a su interés por resolver las deficiencias en las condiciones de vida de los indígenas y por atraerse a las tribus antropófagas, manifiesta una clara preocupación por la desnudez y el espíritu supersticioso. Sólo atribuyen a Dios “el romadizo, las viruelas y el sarampión”, mientras “los otros males, dicen ellos, provienen de la mala voluntad que les tiene algún vecino”.

El P. Piquer quedaría en Mocoa, desarrollando sus ministerios entre los indios cristianizados del territorio, mientras, tras unos días de descanso, Laynez marcharía a recorrer las tierras que habría de misionar. La inevitable soledad es de lo que más se lamenta Laynez. Durante meses no se ven los misioneros, se reúnen entonces unos días, se confiesan —“la mayor pena que uno tiene, es no poderse reconciliar”— y animan el uno al otro, y vuelven a separarse. Junto a la soledad, sólo compensada por la estima que les manifiestan los indios —“ese cariño, endulza nuestras amarguras”—, el trabajo es grandísimo (entre los pueblos de S. Diego de Putumayo, S. José de Oritopungo, S. Juan Bautista de Cuembi, Sta. Cruz de Picudas, La concepción de Mamos, S. Rafael de Macaguajes y S. Javier de Concapnis) y los operarios muy pocos¹⁸.

Al llegar los misioneros a Mocoa, la casa destinada para ellos era “propiamente un Belén”, hechas las paredes de guaduas y el techo de hojas de varios árboles. Sin protección alguna contra los insectos, aves o el viento. La iglesia era del mismo estilo y los ornamentos estaban tan viejos y sucios, que “si no hubiera traído de Pasto un ornamento prestado —escribe Laynez— no me hubiera animado a celebrar el Santo

¹⁸ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (25/12/1847) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

Sacrificio”. El pueblo, cuyas comunicaciones con Pasto y los demás pueblos “es casi nula, a causa de los pésimos caminos, los terribles ríos y penosísimas montañas”, gozaba de un clima templado y estaba habitado por unas 300 almas dispersas en torno a las “diez casitas” que lo formaban propiamente. El terreno no estaba desmontado más que en la parte que ocupaba la plaza y la Iglesia, con algún principio de dos o tres calles, y rodeado de empinadas montañas. Sus habitantes vivían del maíz, la yuca y el plátano.

Inmediatamente comenzó el P. Piquer sus ministerios¹⁹. Celebraba misa diariamente, seguida de explicación de la doctrina por espacio de una hora a los niños, algunos mayores de dieciocho años. Los primeros dos meses la catequesis la impartía por la mañana y por la tarde. Los jueves y los domingos la doctrina era para todos los habitantes, y se prolongaba durante tres cuartos de hora después de la misa. Los jueves salía en procesión cantando el rosario por las calles; los sábados reunía en la iglesia a toda la gente a rezar el rosario y cantar la Letanía y la Salve, y los domingos, además de los tres cuartos de hora de doctrina, predicaba en la misa, o por la tarde, rezaba el rosario o el trisagio y hacía una lectura con explicaciones. Fuera del pueblo salía a visitar enfermos, a “impedir males” y a visitar las obras públicas. Estudiaba también la lengua india y confeccionó un formulario para confesiones, que envió a sus superiores para la preparación de futuros misioneros²⁰.

Si al principio hubo dificultades “para reunirlos a la doctrina”, Piquer no tarda en reconocer los frutos: “158 adultos y 60 niños han aprendido no sólo lo necesario para salvarse, sino también cuanto es menester para recibir con buenas disposiciones los santos Sacramentos”; ha conseguido acabar con la embriaguez, origen de otros “excesos y crímenes”; lo va confesando y disponiendo para la comunión: “ayer comulgaron 15 indias y 1 indio, y para el domingo próximo tengo ya preparados otros 19”; “antes se quedaban sin oír misa, no cuidaban de traer a bautizar los niños, y la confesión les repugnaba mucho por la indigna conducta de algunos misioneros traficantes; ahora me basta una indicación, y vienen a confesarse con el mayor gusto, traen los niños recién nacidos a recibir el Santo Bautismo y ninguno se excusa de venir a la Iglesia los días festivos”. “Nuestros indios e indias han dejado ya las chaquiras (sartas de cuentas o dientes de animales, a las cuales van a veces unida alguna superstición) y sólo se les ve al cuello rosarios o medallas. Si para ir a trabajar o buscar sus alimentos han de faltar algún día a la doctrina, no lo hacen sin pedirme antes licencia...”.

Piquer también viaja por el territorio de la misión, pero sólo entre los pueblos cristianizados, teniendo como límite de su acción Cancapuy, “el último pueblo de

¹⁹ *Segunda relación*. Carta del P. Piquer al P. Manuel Gil (12/4/1848). R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ...* t. I, p. 195 y ss. y 230-31.

²⁰ Laynez manifestó un interés semejante al enviar en su *Primera relación* varias oraciones traducidas al *Inca*.

cristianos del Putumayo”. En estos viajes les defiende de los mercaderes, les encarga construir iglesias y casas para el misionero y les propone reformas en sus sistemas de cultivo. Este mismo espíritu reformista está presente en las relaciones de Laynez, donde muestra sus deseos de mejorar las comunicaciones, abrir contactos con Brasil y resolver algunos problemas de salud.

Layne, convencido de la necesidad de conseguir “un conocimiento bastante exacto del país de las Misiones”, emprendió una excursión con dirección al Oriente, para visitar las tribus que lindaban con el Maraón. Partió hacia Yunquillo y Descanse, dos poblaciones más pequeñas que Mocoa donde le recibieron con idéntico entusiasmo que hasta entonces, y, desde allí, a Pongo y Almaguer, regresando a Mocoa la víspera de Navidad. El 4 de enero de 1847 volvió a emprender viaje: a los ríos Caquetá y Putumayo. Durante 37 días, visitó 14 tribus de indios. Regresó a Mocoa para dar principio a la Santa Cuaresma. En la segunda y tercera relación, donde informa de estas excursiones, vuelven a repetirse los mismos temas ya señalados.

Tras este primer contacto con los indígenas había descubierto en ellos una generosa disposición de ánimo, que le permite decir que “Dios endulza estos trabajos con su divina gracia y con el consuelo que uno recibe al ver tan buenas disposiciones en los indios”. Pero necesitando consolidar su misión, en abril se dirige a Popayán, y, desde allí, a Bogotá, para informar al Gobierno y a sus superiores. Durante su estancia en Bogotá, que se prolonga hasta el 22 de junio de 1847, tiene lugar el conflicto, ya señalado, en torno a la carta de naturaleza, que no se resuelve hasta finales de junio, y la regulación de las misiones por parte del Gobierno.

Layne informa al gobierno de los problemas que plantea la misión y le solicita que no se entregue a la Compañía las tribus del Caquetá, sino las que andan dispersas por el río Putumayo hasta su desembocadura en el Maraón, que, con un mayor número de indígenas, “más carentes de civilización”, están más abandonadas por los sacerdotes seculares, reticentes a dirigirse a una zona donde no se habla castellano. El Gobierno accedió a la petición y, por decreto de 10 de abril de 1847, encargó a la Compañía la misión viva, dejando a los seculares los pueblos cristianizados. Además, aumentó el sueldo de los misioneros, de 240 a 400 pesos.

El optimismo de Layne —“por consiguiente estoy contento por ahora, mientras que alguna guerra civil o el infierno eche a pique mis planes y proyectos”²¹— pronto se frustraría, aunque él no llegaría a verlo. Si la iniciativa del Gobierno en el proyecto misionero fue importante y, posiblemente, sincera, las relaciones con la Compañía no fueron fluidas. Estuvieron afectadas por la pretensión gubernamental de convertir a los

²¹ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Layne (21/9/1847) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

jesuitas en funcionarios y la amenaza permanente de expulsión. Desde el primer momento la desconfianza jesuita o la desidia gubernamental, o ambas cosas, habían hecho su aparición: “Todavía no sabemos si nos quedaremos en Pasto o seguiremos a las misiones del Mocoa. Tenemos orden del gobierno de establecernos en este último punto, mas no habiendo señalado fondos de que podamos subsistir en aquellos países hemos escrito a Bogotá pidiendo explicaciones; mientras llega la respuesta daremos misión en Pasto y haremos alto en dicha ciudad”²². La queja principal de la Compañía fue el casi inmediato abandono en el que dejó el Gobierno a los misioneros²³.

Ante este hecho, la necesidad de independencia con respecto al poder político se hacía más imperiosa. Esta necesidad es lo que está detrás del permanente interés de Laynez por considerar todas las ofertas de establecimiento de colegios y por consolidar el de Medellín²⁴. Tres son los posibles colegios sobre los que Laynez muestra interés: el de Popayán, el de Buga y, sobre todo, el ya establecido en Medellín. En Popayán le ofrecieron el Colegio Provincial, con una renta de 4.000 pesos, un iglesia “mucho mayor” que la de Medellín, con más feligreses y en el centro mismo de la ciudad. En Buga le ofrecen otro, con un capital de “unos 40.000 pesos; unos 10.000 de los antiguos jesuitas, y lo demás en diferentes donaciones”, y una casa bastante deteriorada. Entre estos dos, Laynez, considerando también el clima y la posición geográfica de las respectivas ciudades, se inclina por el de Buga²⁵, pero insistiendo en la necesidad de no dejar, bajo ningún pretexto, el de Medellín, “porque tiene otras ventajas, y porque es lo principal de la Nueva Granada”. No dejó en ningún momento de recomendar la mayor atención para este colegio²⁶.

Del mismo modo, la hostilidad del Gobierno agudiza entre los jesuitas un sentimiento de combate, que, en Laynez, se refleja en múltiples ocasiones: se preocupa por la actuación de “nuestros enemigos” en el Congreso²⁷; ofrece enviar al Congreso

²² Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (4/10/1846) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

²³ COTANILLA, *Historia* ... t. II, 59.

²⁴ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (27/8/1846) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

²⁵ Cartas al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (15/7/1846; 26/7/1846 y 9/8/1846) APTCJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859. Cfr. COTANILLA, *Historia* ... t. II, p. 62.

²⁶ Cartas al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (15 y 26/7/1846 y 1/9/1846) APTCA Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

²⁷ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (15/8/1846) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP.

una petición “firmada por todos los indios del Mocoa”, en el caso de que se decreta la expulsión de la Compañía²⁸; etc. Al mismo tiempo, este hecho debe ponerse en relación con el interés por la religiosidad de los habitantes de Popayán y Pasto, muy superior a la de los de Antioquia, más inocente y menos contaminada por influencias extranjeras²⁹.

La muerte de Laynez y sus consecuencias

El 22 de junio salió Laynez, acompañando al P. Gil, hacia Popayán, y el 21 de septiembre escribe ya desde Mocoa, dispuesto a continuar sus actividades misioneras. El 20 de febrero de 1848 partió para su última expedición. Siguiendo el curso del Putumayo se encontró con las tribus de los Orejones, Uries, Ficunas y Pases. Había tocado ya los límites del territorio que tenía confiado: la tribu de los Pases, a unas dos jornadas del Maraón (frontera de Nueva Granada y Brasil). Decidió cruzar la frontera. Pensaba que sería más fácil proveer de recursos a las tribus que estaba cristianizando por Brasil que por Pasto. Poco más sabemos de esta última expedición, de unas 1.200 leguas, en la que bautizó a unas 150 personas, alejándose para ello del río, entre “charcos, quebradas y zarzales”³⁰.

El 25 de mayo llegó de regreso al primer pueblo cristiano de su jurisdicción, San Javier de Cancapuy, desde donde escribió al P. Visitador y al P. Piquer. Las últimas cartas cruzadas tras la muerte de Laynez no aclaran totalmente el abandono de las misiones. R. Pérez³¹ señala que, además del P. Piquer, estaban ya destinados a las misiones los PP. Moral, Aulet y Cotanilla, pero que, con la muerte de Laynez murieron

Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

²⁸ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (12/11/1846) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

²⁹ “Pese a la mala fama del valle del Cauca hay tres veces más religión que en esa provincia; los malos libros no lo han inundado de igual modo; los cachacos no tienen el ascendiente que en esas ciudades que se rozan con Jamaica, y la educación religiosa antigua está todavía mucho en vigor”. al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (15/8/1846) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859. Cfr. carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Laynez (27/8/1846). No menos significativa es la comparación entre las sociedades americanas y las europeas, aún menos religiosas, o los elogios hacía los pueblos que persiguen a los misioneros en busca de la confesión, mientras los que viven permanentemente asistidos por la presencia del sacerdote pasan años sin acudir a los sacramentos.

³⁰ Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Piquer (16/10/1848) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.

³¹ R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ...* t. I, p. 242. Es extraño que Cotanilla no mencione este proyecto de enviarle a él mismo a las misiones.

las misiones del Putumayo. Por el contrario, Cotanilla³², más próximo a los hechos pero con una documentación más incompleta, señala que antes de su muerte ya estaba en camino la orden para que los dos misioneros se retiraran a Pasto. Ambos señalan la importancia que tuvo la retirada del apoyo gubernamental en la toma de esta decisión. También sabemos, gracias a la última carta escrita por Laynez al P. Visitador, que con anterioridad se había pensado en el abandono de las misiones y que el misionero se había opuesto. “Acabo de llegar de mis expediciones —escribe Laynez— [...] He pasado muchísimos trabajos de calenturas casi continuas y hambre extraordinaria, pues acabados los recursos me he visto en la precisión, no sólo de comer mono, que me ha sabido a las mil maravillas cuando lo he tenido, sino que he pasado con frecuencia dos y tres días sin comer: he pensado morir de debilidad. La Virgen Santísima me ha traído hasta aquí milagrosamente. [...] entre otras cosas le aviso que Dios N. S. me ha concedido la gracia de estar dispuesto para todo cuanto V.R. mande y disponga; que a pesar de lo dicho en mis cartas, puede obrar con toda libertad: el Señor me ha convertido con los trabajos y enfermedades. No deseo sino ser buen religioso y muy santo, ocupándome en aquellas cosas que los Superiores me manden sean cuales fueren: dígame, pues, *quid me oportet facere*. Si hubiere de salir de las misiones, suplico me lo diga con tiempo, porque luego vienen las grandes lluvias y crecientes”³³.

Sin ningún género de dudas debió ser capital a la hora de tomar la decisión la muerte de Laynez y el naufragio inmediatamente posterior de Piquer, que casi le cuesta la vida³⁴. Pero, en principio, los superiores jesuitas no tenían la intención de abandonar indefinidamente las misiones. El P. Manuel Gil escribió al P. Blas sobre sus deseos de ordenar a Piquer la vuelta al Putumayo. Pero, ante la falta de personal y de ayuda del Gobierno, y atendidos los pareceres de los consultores y el informe del P. Piquer sobre el corto número de habitantes del Putumayo y el hecho de que el fruto no correspondería al trabajo, decidió “diferir el negocio de las misiones de indios”, en

³² COTANILLA, *Historia...*, t. II, p. 126.

³³ R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ...* t. I, p. 234.

³⁴ “El murió, y yo vivo de milagro, pues yendo yo río arriba después de haber dejado al P. en la sepultura, el día 2 de julio se me volteó la canoa; y Dios N. S. no permitió que me ahogase; pues tan luego como me vi sumergido en tanta profundidad de agua, como hay en Putumaya, puedo coger una rama y con la ayuda de Dios salir hasta poner los pies sobre un descampado, en donde estuve unas tres horas, hasta que dije a los indios que me diesen una tabla para poder llegar a la orilla, porque este era el único medio”. Piquer, ante esta experiencia, después de más de dos meses sin recibir ayuda alguna del gobierno y, posiblemente, ante la cercanía de la estación de lluvias, resuelve retirarse a Pasto. Carta al P. J. Freyre, Medellín, del P. Piquer (10/8/1848) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859. Cfr. R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús ...* t. I, p. 243-44, y COTANILLA, *Historia ...* t. II, p. 126.

espera de la ayuda que pudiera venir de Europa y de las ideas que sobre las misiones pudiera tener el nuevo Presidente de Nueva Granada³⁵.

Es incuestionable que esta experiencia modificó la actitud de la Compañía, incrementando la desconfianza hacia los gobiernos. Desconfianza que nadie refleja mejor que Cotanilla³⁶: “sucedió con esto, lo que con todo lo demás de estas repúblicas, que se comienzan muchas cosas, y si son buenas, ninguna se lleva a cabo: estos socorros a los misioneros cesaron bien pronto, como fue notorio, hallándose reducidos a la última miseria en regiones desiertas y apartadas”. Es igualmente significativo que responsabilice a algunos sacerdotes de colaborar con el gobierno en su proyecto de enviar a los jesuitas a las misiones “a que muriesen sin duda de hambre, como el P. Laynez y sus dos compañeros”.

³⁵ Carta al P. Pablo Blas del P. Manuel Gil, (15/11/1848) APTSJ Estante:2. Caja: 70: Correspondencia de los superiores.- Cartas a los Superiores de América. PP. Manuel Gil y Joaquín Freyre. 1844-1859.- Cartas del R. P. Gil desde la Nueva Granada y Jamaica. Años 1848-49-50-51.

³⁶ COTANILLA, *Historia ...* t. II, p. 59 y 166-68.